



SOCIOLOGÍA

MORAL LIBRE



Actualmente la moral se basa sobre principios convencionales. No solamente cambia con el tiempo; también con los individuos y con las naciones.

¿Debemos privarnos de un deseo que en España es inmoral y en Inglaterra, por ejemplo, forma parte del buen tono? ¿Deben los ingleses cohibir una *necesidad* que en Turquía forma parte de conducta *intachable*?

Despojémonos de prejuicios y si pudiera ser de atavismos y contestemos resueltamente: no deben.

Es esta una cuestión debatidísima. A ella prestan su talento las inteligencias más preclaras. Discuten hoy qué debe ser la moral en una sociedad libre.

La mayoría se inclina á creer que toda coacción moral ó material hecha por las leyes, por la fuerza ó por las preocupaciones, implica imperfección.

No falta quien dé bases para una moral libre, sin comprender ó comprendiéndolo, que libre y bases son dos palabras que representan conceptos antagónicos.

Los defensores del honor, de la castidad, de la virtud, de la honra, de la moral al uso, no intervienen en la contienda convencidos de que defenderían principios que nadie, ni ellos, respetan en privado. Las fuerzas más formidables no pueden vencer á las que se albergan en el interior del hombre.

Es de advertir y ha de hacerse á tiempo en bien del lector, del autor y de las ideas propuestas, que los que se atreven á discutir la moral y á negarle *fuera moral*, son los caracteres más íntegros. Ha sido menester respetar las preocupaciones en la práctica para poderlas combatir en teoría con provecho.

Cuando, atacando la *inmoralidad* de los *morales* y hasta de los *moralistas*, no se defiende la conducta propia, surten efecto los argumentos contra la moral reglamentada ó la social.

No alcanza la victoria quien más moral predica, sino quien más moral práctica, aunque en las luchas del pensamiento demuestre lo *inmoral* de toda moral.

Los sociólogos naturalistas quieren que el hombre imite á la naturaleza. Esta en lugar de leyes morales, traza necesidades orgánicas, necesidades que

han de satisfacerse sopena de inferir grave daño á la salud. Pretenden, y en nuestro entender con muy buen sentido, que el hombre modele sus actos en las leyes de su propio organismo por inmorales que á nuestra educación parezcan.

Damos el nombre de educación á unas reglas que principian por cohibir hasta nuestros atributos intelectuales; los materiales salen de ellos maltrechos.

Antes se consideraba perfecto al hombre que sabía vencer sus pasiones, pretensión antihumana, porque era un martirio cruento cuando el hecho pasaba de pedantería. Por lo demás, generalmente se tiene por virtuoso, no al que mejor domina su materia, sino al que más ocultamente la satisface.

Vencer las pasiones es vencer la naturaleza ó vencer á Dios quien en Dios cree, y vencer á la naturaleza ó á Dios supone luchar contra la causa de nuestra vida.

¿Por qué ha de ser inmoral lo que el hombre siente? Porque así nos lo parece sin que abone nuestra creencia ningún experimento científico ni ninguna convicción justa. Al contrario, la ciencia y la justicia están contra la moral al uso.

Nada contrario á su salud hacen los animales; operar contra el sér mismo estaba reservado al animal más perfecto.

Nosotros marchitamos el organismo por respeto á cuatro principios escritos por quienes erigieron en cuerpo de doctrinas sus propias enfermedades.

Los que á causa de su impotencia orgánica, efecto de un organismo que ha gastado en la lucha por la vida todo su capital vital, apenas sienten deseos materiales ni pasiones naturales, dan en predicar una moral que los presenta como los seres más perfectos de la tierra.

Los histéricos y los neuróticos todos, que á consecuencia de una vida contemplativa ó sedentaria, han perdido las propiedades materiales que necesitan para gozar, amenudo reniegan del amor y de sus goces. Como los de escasas energías intelectuales por haberlas agotado el alcohol ó la anemia, reniegan del fondo y propagan el imperio de la forma. No tienen ideas y las declaran inútiles. Los decadentes, orgánicamente considerados, son decadentes en literatura. Propios de sarreglos materiales trazan un camino contrario á la idea y al sentimiento. Hacen dogmas de las enfermedades del cuerpo.

Los moralistas, así se llamen Montaigne, Fenelón ó Rousseau como hombre que no han sabido ni *podido* sustraerse á las influencias atávicas, propagan reglas de conducta armonizadas, si no del todo, en parte, con sus deseos y sus pensamientos.

En estos tiempos en que antropólogos, fisiólogos y sociólogos corroborando la obra de regeneración humana y social, echan abajo la de los metafísicos, teólogos y filósofos, no puede admitirse ninguna doctrina contraria á los deseos que fuerte y hermosamente sienten las naturalezas sanas y equilibradas.

La ciencia tiende á buscar la salud del individuo en la naturaleza. No hay médico ni higienista mejor que el sol, el aire y el agua.

Cuando el hombre haya sido arrancado de este pestilente ambiente social y reintegrado á la naturaleza, siempre sana y bella, la moral completará la obra retirándose por el foro convencida de que es un estorbo á la salud y á la felicidad.

Ideas que á éstas se opongan, así lleven la mejor firma, han de considerarse se considerarán productos averiados.

Malísima la teoría filosófica ó social que impide ó dificulta el desenvolvimiento

de nuestras satisfacciones ó propiedades, tanto del cerebro como del cuerpo. Donde quiera que se haya manifestado la moral y se ha manifestado en todas partes, aunque con pretensiones diferentes, se ha puesto en pugna con la naturaleza humana. Ni sus propagadores supieron practicarla, porque á ello se oponía la materia, rebelde á toda conveniencia social y á toda ley prohibitiva.

Nadie, ahora ni nunca pudo hacer lo que dijo de esta materia. Y es porque los hombres siempre se han engañado mutuamente. Ninguno tuvo el valor de arrastrar las fingidas iras de los demás, diciendo que la moral era una tontería, que apesar de las alabanzas que de todo el mundo recibía, nadie respetaba.

El hombre presente, más perfecto que el pasado y, por consiguiente, más valiente, sencillo y franco ha podido decir que la moral es un bagaje que jamás ha formado parte de la voluntad y que debe ser desdeñada por nociva é hipócrita.

Preocupémonos de la salud y no nos preocupemos de la moral.

Formemos una sociedad que permita la satisfacción de todas las necesidades y un hombre que sepa sentir las hermosamente.

Imperfección es lo demás.

FEDERICO URALES.

CAMINO DEL BIEN

Aunque sea de personas serias y estudiosas la misión de resolver los problemas del porvenir, pues abarcando como abarcan toda una nueva fase de la vida de los pueblos, de la libertad de sus individuos, de nueva civilización y de continua renovación de los organismos que lo componen, se presenta como intrincadísimo laberinto cuyo hilo parece difícil seguir, sin embargo, el estar falto de reglamento alguno que cohiba y coarta iniciativas y libertades, y estando fuera del dominio de toda legislación complicada y de toda engorrosa ley prohibitiva, resultan sencillos y fáciles de comprender á cuantos se toman interés en estudiarlos.

A pesar de ver y reconocer latente el mal en la actual sociedad y aun queriendo buscar remedio para curarlo, objetan algunos, por no decir muchos, que la organización social presente es buena sólo que se ve mal administrada, y que con buenos gobernantes que ella tuviera podría armonizarse perfectísimamente el problema económico con la aspiración del proletariado,—añadiendo de paso—que la concepción de nuevas sociedades para el porvenir es obra de utopistas más ó menos locos y degenerados, que pretenden calentar los cerebros de unos cuantos infelices que les servirán de escabel para logro de fines ignorados.

No vamos á oponer sofisma tras sofisma á los que tal pretenden armonizar sin transformar la base de la sociedad; la réplica á sus argucias y sutilezas á nada nos conduciría, ni mucho menos vamos á descubrir las leyes de evolución y transformación que rigen los destinos de todo organismo. Para nuestro objeto basta demostrar que la actual sociedad es fatalmente desastrosa y que sus códigos y leyes para nada bueno sirven, para quedar hecha la defensa de una sociedad libertaria.

Que ningún efecto real tienen para detener el mal las limitaciones escritas ni las represiones efectivas, pruébanlo abundantemente que con tanto código, tantas

leyes, tanto decreto, con tantos crueles castigos, presidios y demás medios de represión, el mal existe desde principios de los siglos y va aumentando en proporción que aumenta la manía de legislar. Por esto con razón afirmamos que lo que importa para atajar el malestar no es legislar sobre hechos ya realizados, sino arrancar de cuajo las causas para que los efectos no se produzcan. Y siendo esto así ¿de qué serviría escribir leyes queriendo refrenar tales ó cuales actos ó determinadas pasiones? Ahondando nuestro criterio en el fondo del malestar que nos invade podríamos extendernos, mostrando que las leyes tienden á perpetuar el mal, esto es, á exigir contribuciones de todas clases, desde la de sangre hasta la de poner sellos á todo y para todo, á exigir acatamiento á los poderosos y respeto á los privilegiados, y como en cambio todas las buenas acciones se realizan espontáneamente y no pocas veces contra la ley. Podríamos mostrar más, podríamos hacer ver como las mismas leyes hechas como benéficas, cuando se cumplen en vez de evitar un mal como se proponen, crean infinidad de nuevos. Pero han tratado este punto que yo sepa, dos eminencias, Kropotkiné, *Ley y Autoridad* y Spencer, *Individuo contra el Estado*, y á ellos me remito, concretándome yo á sentar la afirmación y sacar la consecuencia: Las leyes y toda clase de limitaciones escritas que se hagan al desarrollo de las actividades humanas son nulas. No se puede ni debe legislar sobre nada. Solo lo que la razón dicta se ejecuta. Hay pues, que educar con sanas, y por lo tanto, naturales bases los instintos del individuo.

Digan lo que quieran los que anteponen egoismos personales y prejuicios de escuela á las razonables teorías del desenvolvimiento de las civilizaciones y de las leyes inmutables de la naturaleza; que, los estudiosos, los que nos preocupamos de hallar la verdad donde quiera que esté, continuaremos la labor emprendida por tantos y tantos que nos precedieron y que dejaron empezada, cuya continuación pertenece al hombre de todas las edades y de todos los siglos.

SOLEDAD GUSTAVO.

EL HOMBRE NUEVO

La sociología acaba de enriquecerse con un nuevo producto del saber y de la laboriosidad del joven ex-redactor de *L'Intransigeant*, que sostuvo con brillantez y energía la campaña contra la persecución de los trabajadores de Barcelona, con motivo del tristemente célebre proceso de Montjuich, y que no ha querido seguir á Rochefort en su caída antisemítica.

Malato, libre en sus ideas, digno en su conciencia y en posesión de riquísimo caudal de conocimientos, se lanza al estudio de los más arduos problemas y los resuelve con la facilidad que presta la ciencia al que la busca con la honrada disposición de no acomodarla á las preocupaciones, á los convencionalismos ni á los intereses creados.

He aquí en ligero extracto, su tesis:

Por escasos que sean nuestros conocimientos sobre la naturaleza de las substancias y de las fuerzas, la observación demuestra que la inmovilidad absoluta

no existe; luego el movimiento es la ley, ó si se prefiere, la manera universal de ser de las cosas. De aquí se sigue la continuidad incesante de la evolución. Progreso ó retroceso, siempre movimiento; lo mismo en el mundo físico que en el moral.

Observando las tendencias de la época actual, encontramos dos categorías de hombres, los que se agitan por la adquisición de medios de subsistencia, y los que habiéndolos alcanzado pretenden asegurarlos. En ellas se cuentan los que siempre han luchado con las privaciones y la servidumbre, y se aumentan con los burgueses vencidos en la lucha por la vida, gente esta última que aporta el contingente de los desheredados, la fuerza de la pasión y el poder de la inteligencia, y que en momentos críticos constituye una fuerza poderosa.

Aparte de las necesidades materiales que dominan la vida animal, hay las intelectuales, y la antropología comparada, por el estudio de los cráneos hallados en las cavernas, prueba el gran progreso realizado. A pesar de ello, las influencias de lo pasado desaparecen muy lentamente, por lo que el tipo animal reaparece á veces de una manera brusca, sin contar las transformaciones del feto durante la gestación, que reproduce las formas de los animales, sus antepasados, incluso el pescado y el cuadrúpedo, vense hombres que revisten caracteres físicos y morales de especies inferiores. Y lo que sucede con los individuos se observa también en las multitudes: así como hay el hombre-perro, lobo, carnero, etc., hay también la multitud jauría, rebaño. ¿Qué nombre merecen aquellas multitudes de la antigüedad á quienes un profeta ó un guerrero lanzaba á la guerra? ¿y aquellos que presenciaban los horrores del circo ó asistían á los autos de fe? Es notable además el hecho de que hombres que parecen libres de la influencia atávica, juntos con otros caen en la barbarie.

El hombre actual no es aún el hombre pensante. Es cierto que entre hombres como Proudhon, Darwin, Spencer, Reclús y el salvaje de otro tiempo que suele reaparecer en nuestros días, hay una gran diferencia; pero entre esos dos tipos existe la gran masa que constituye el hombre actual: el hombre-máquina, menos feroz que el antropófago, su antepasado, pero falto aún de la chispa vivificante del pensamiento y de la conciencia de su individualidad, que al despojarse de la rudeza del salvaje ha perdido la energía de la voluntad. No es una bestia, pero no es un pensador, es un instrumento. Aplastado por el peso de las leyes, de las instituciones y de las costumbres, preso en el engranaje del Estado, esclavo de la tradición, del medio y del qué diran; el que en otro tiempo era perro-lobo, se ha convertido en perro-durmiente, que encuentra aún la fuerza de sus colmillos para morder al aislado y al débil. Hasta cuando el pensamiento se esboza en su cerebro el hombre de nuestros días permanece pasivo, el peso de lo pasado le abruma; por eso se contarían miles y aun millones que dicen en voz baja lo que los libertarios dicen sin reserva. El tipo predominante del hombre actual es el llamado hombre de bien, terrible contra los innovadores, y terrible también en los momentos revolucionarios, cuando se encuentra libre del peso de la responsabilidad, lo que demuestra el fondo de cobardía en que se halla sumergido. Como se somete dócilmente á la autoridad, cree que todo el mundo debe aceptarlo sin murmurar.

El hombre-bestia antiguo y el hombre máquina del día han de ser reemplazados por el hombre pensador, cuyos representantes, aunque contrariados por el

medio, existen ya. Los partidarios de la fijeza de las especies, dogma que la habilidad y prestigio de Cuvier no pudieron dejar subsistente, declaran infranqueables, aun en el largo curso de los siglos, los grados existentes entre los diversos escalones del mundo animal, les indigna que el hombre y el mono tengan un común origen, pero lo cierto es que hay mucha mayor distancia entre Darwin y un bosquimano que entre éste y un chimpancé. Y sin embargo, hombres como Kropotkine y Edissón, aunque muy en minoría, no son un milagro, no son ya, como lo serían en otro tiempo, seres aislados en su época, en su raza, tampoco son doce discípulos los que los escuchan arrodillados y poseídos de admiración que tratan de comprenderlos, sino miles y miles que hablan su lenguaje y participan de su vida intelectual, y no sólo no se arrodillan ante ellos, sino que discuten y frecuentemente completan ó rectifican sus ideas.

El progreso general, digan lo que quieran los misionistas, es innegable. Se dice que la China permanece estacionaria, cuando apenas es conocido aquel país, y sin tener en cuenta que aquella civilización ha debido tener principio y ha debido progresar para llegar á su estado intelectual. Las civilizaciones antiguas se estancaban en el privilegio de sus castas y de sus jerarquías sociales; pero lo característico de la civilización moderna, á pesar de los modernos privilegiados, es su universalidad. Civilización cruel, ciertamente, que produce la luz y la felicidad de unos con las tinieblas y la miseria de los otros; que hace brillar las perlas en el escote de las cortesanas y las lágrimas en los ojos de las madres pobres, que perecerá al fin para transformarse al choque de los trabajadores, tiernos hasta aquel momento, que querrán á su vez gustar el pan de la vida, y perecerán por no haber sabido equilibrar el progreso moral con el intelectual; pero no perecerán por completo, aunque los proletarios, hambrientos de pan y de libertad, destruyan en la embriaguez de la primera cólera las artes, cuyo goce les había sido vedado y las ciencias que habían ayudado á convertirlos en bestias de carga, porque no faltarian, aunque viniesen de Africa, Australia ú Oceania, ingenieros para abrir túneles y restablecer las comunicaciones entre los pueblos, fisiólogos para interrogar la vida humana y hasta poetas para cantar después de la tempestad el dulce despertar de la naturaleza.

Comprendiendo el género de ataques de que puede ser objeto su obra por parte de la necesidad dominante se prepara con esta defensa que nos complacemos en reproducir:

«Se comprende que los ignorantes, dotados por añadidura de escasa facultad intelectual, repitan el cliché puesto en moda por el cretinismo de todas las generaciones: «Siempre ha sido así el mundo, y así será siempre.» Desconociendo en absoluto lo pasado, é incapaces de conjeturar el porvenir, sólo pueden juzgar, muy superficialmente por lo que ven á su alrededor. Pero es mucho más extraño que hombres letrados, algunos hasta célebres, caigan en el mismo absurdo. La cosa, sin embargo se explica, considerando que la enseñanza está monopolizada por el misoneísmo (odio á lo nuevo), y consta: de ignorancia absoluta de todos los datos realmente científicos, de nociones de historia fundada en la cronología de los reyes, de muchos años perdidos en el estudio de lenguas muertas, de un pomposo amasijo de cuentos espiritualistas forjados por la Iglesia y servidos bajo el nombre de filosofía. Así se forma esa juventud «instruida» en los cuarteles del Estado, y con ese bagaje intelectual pasan á ser clase directora de la sociedad.

«Algunos, los fuertes, se emancipan de ese régimen embrutecedor, á condición de olvidar pronto y darse una educación propia; pero los más estropeados por la sistemática atrofia intelectual, incapaces de tender la mirada hacia lo porvenir, y sintiendo en sí algún resto de inteligencia, se sumergen en la adoración del pasado; incapaces de toda creación, exhuman los viejos modelos y estudian el arte de gobernar en el *Telémaco*, meditan con Bossuet la filosofía de la historia y se pasan considerando la política de Cicerón y la lógica de Aristóteles, hasta que remontando más lejos sus investigaciones descubren el hombre inmutable en sus gustos y sus pasiones del tiempo de Moisés y de Faraon. Ya en este terreno, claro está, no hay que pensar en que haya habido cambios entre los descendientes de los auténticos Adán y Eva.»

Renunciamos á continuar en la imposibilidad de dar idea exacta de las numerosas y trascendentales verdades que contiene esta obra, limitándonos á recomendarla eficazmente á cuantos deseen tener firmeza de convicciones y datos incontestables para rebatir los errores tradicionales sobre que sostiene el mal social.

Es lo menos que podemos hacer como tributo de gratitud al que en Francia fué la providencia de los pobres extrañados durante la pasada persecución y principalmente como homenaje debido á la verdad.

ANSELMO LORENZO.

LA FUERZA Y LA IDEA

Iglesias y sectas han excomulgado siempre á sus hombres más ilustres. Y no solamente pusieron en entredicho inteligencias esclarecidas; tuvieron por inmorales á los que reunían suficiente entereza para despreciar las rentas que á sus cómplices ofrecen los poderosos.

Desde Roma la inmunda, no la santa, se han lanzado los apóstrofes más inicuos á nombre de intereses santos y de conductas ejemplares; y el Papado, fuerza mundana y material, es quien más ha perseguido á los que protestaron de las inmoralidades que en el Papado descubrieron.

Y es que, en las luchas filosóficas, intervienen dos clases de moral: la de las costumbres y la de las ideas. La primera se ve desatendida de los poderosos, la segunda les preocupa y exaspera.

Jamás el poder ni quienes lo representan persiguieron por inmorales á sus partidarios; al contrario, ocultaron sus actos ruines como si temieran demostrar propias faltas enseñando las ajenas.

En cambio el poder y quienes lo encarnaron persiguieron y atropellaron en nombre de la moral, á inteligencias superiores y á conductas intachables. Los que discutieron abusos del poder, sus atributos y el modo de representarlos, padecieron por perturbadores y por herejes.

No se persigue á los malos, se persigue á los revolucionarios, porque los poderosos se han preocupado más del aumento de fuerza y de riqueza, nefanda siempre, que de hacerla agradable y justiciera.

Los perseguidores pasaban y pasan por alto las costumbres más ruines, en

cambio no supieron ni saben respetar al hombre honradísimo si sustenta ideas contrarias á los privilegios del poder.

Costumbres, no; ideas, sí.

La historia religiosa, la historia política, la Historia propiamente dicha, así narre hechos acaecidos en Inglaterra, en España ó en la China, demuestra nuestros asertos de muy cumplida manera. No se necesita genio, ni siquiera ingenio para convencer al que leyere nuestros asertos. Basta con que el lector haya sabido leer un par de libros.

Sobre la frente de los perseguidos todos, se pudo poner y se puede poner la palabra *Inri*. No falta modo de convencer al público, que los sacrificados fueron y son gente perdida, malhallada con el trabajo, con las buenas costumbres, con la moral de los mismos perseguidores y que ellos escarnecen diariamente, con principios santos, con intereses sagrados.

Ese pueblo alimentador de las hogueras que quemaron cuerpos como los de Huss, de Savonarola y de los mártires que dieron con su muerte vida á la filosofía y á la ciencia; ese pueblo que escarnecía á Cristo prefiriendo su muerte á la de Barrabás, que ha lapidado á todos los *santos* y ha sido, por su propia desgracia, la primera materia de las grandes injusticias, cree, pero no tan á pies juntillas hoy como desearan los modernos tiranos, que los mal avenidos con la maldad y las injusticias de los poderosos, son tan malos como los *amos* indican, en beneficio de sus intereses y en perjuicio de los del pueblo mismo.

Sépase y no se olvide. Los hechos hablan.

No hay conducta más intachable que la de los radicales, ni hay gente más bondadosa que los tenidos por herejes. A nadie martirizaron, ni quemaron á nadie jamás.

Los políticos más íntegros militan en los partidos avanzados; no profesan religiones positivas las personas más austeras.

Ningún partido como el socialista, demócrata ó ácrata, tiene tantos adeptos que no fuman, ni beben, ni juegan. Las ideas reformadoras reforman los espíritus.

No ha mucho hemos oído decir:

«Desde que sustento *las ideas*, que soy hombre; antes el vino y las mujeres eran mi ocupación favorita. Lo son hoy los libros y las luchas intelectuales.»

Sin embargo, quien de tal modo hablaba, se ve hoy perseguido y ayer se veía ensalzado. Es la comprobación de lo que dijimos antes. Hoy hombre, ayer animal vicioso y este animal ha sido siempre bien quisto del poder, porque mientras el pueblo se embrutece, el privilegio perpetúa sus injusticias.

De los ácratas generalmente se dice: «Lástima de chico es muy bueno, sin sus ideas sería una alhaja.» Sin comprender que, precisamente las ideas son la causa de los actos. Aquellas operan el cambio que se alaba.

No hace muchos días oímos como una pobre mujer se quejaba de los malos tratos que recibía de su esposo, quien no pierde ocasión para demostrar su catolicismo.

«Ya quisiera yo que fuera como el tuyo, decía á otra. Jamás entra en las tabernas, y te entrega el jornal íntegro.» Y el marido envidiado sustenta ideas radicalísimas, en religión, en política y en economía.

El estudio de la evolución de los actos del individuo ha de hacerse estudiando

la evolución de sus ideas; así como el estudio del progreso humano ha de hacerse por la evolución del sentimiento.

Esta evoluciona con la idea. A sentimientos elevados corresponde ideas radicales.

Cuando el hombre las tenga propias sobre todos los problemas y todos los actos de la vida pública, serán imposibles las ingraticudes que pesan sobre los seres más íntegros, señalados por el dedo del poderoso porque ataca sus privilegios.


Trabajemos por la instrucción popular y hagamos porque la masa no sea instrumento de la injusticia.

Que no se juzgue por lo que publiquen papeles fáciles al favor del que *paga* ni por lo que digan los interesados en la vida del privilegio.

Ningún poder tan duradero como el del ideal. Invencible el hombre que sustenta ideas generosas y redentoras. La idea regenera. Nos hace invulnerables á los ataques del poder é incorruptibles á los vicios del hombre y de la sociedad.

CHARLES MONEY.





CIENCIA Y ARTE

CIENCIA Y SOCIALISMO

En el correo mi último trabajito, leo en un periódico francés que LA REVISTA BLANCA es un *comestible intelectual demasiado esquisito para un público de 25 céntimos*. Echamos á puntapiés el reinado de la fuerza para inaugurar el de la inteligencia. Hay quien cree que ésta se lleva en el bolsillo, y que el público capaz de gastar un franco en una obra, es mucho más inteligente que el que se gasta cinco sueldos. Esto es sencillamente una simpleza. Publicaciones carísimas tenemos en Francia que únicamente publican tonterías. En cambio periódicos que se venden á precios módicos estudian los problemas más trascendentales y difíciles.

No se comprende al público que sustenta ideas emancipadoras, compuesto de obreros estudiosos y de personas instruidísimas. Si la mayoría de este público, por su posición social, no está en condiciones de suscribirse á un periódico como «La Revista de Revistas» ó como la de «Ambos Mundos», por su posición intelectual, puede asimilarse teorías de elevado orden filosófico y de no vulgar orden científico.

Generalmente á los aristócratas de la literatura y de la ciencia se les hace muy cuesta arriba creer en la existencia de una opinión formada á costa de vigili-
lias y de privaciones, muy dignas de tenerse en cuenta, y que, con su constancia y estudio, se apropia, todo lo que produce la inteligencia humana. Recuerdo que cuando «Le Journal» publicaba en su folletín la última obra del heroico Zola, cuando ningún parisien ó muy pocos conocían esa maravilla, un periódico obrero de Lyon hacía de «Paris» crítica tan detallada y tan magistralmente escrita que para sí la hubieran querido bastantes publicaciones de *primera*, si es de buena ley juzgarlas por su aspecto.

Cuando LA REVISTA BLANCA continúa publicándose, señal es de que sus lectores digieren bien lo que en ella leen.

*
*
*

Paréceme poco claro ó mal definido el texto de mi artículo anterior y en éste me propongo subsanar aquella falta.

Cada segundo que transcurre supone gasto de energía en el organismo humano.

Descontando la participación que la voluntad tiene en alguno de nuestros movimientos, realizamos otros puramente mecánicos, como los del pulmón, absorbiendo oxígeno y exhalando carbono, y los del corazón mandando á las extremidades la sangre oxigenada. En estos trabajos, la voluntad no interviene y si interviniera no sería obedecida. Podemos mandar á las piernas que no anden y á los brazos que se muevan, pero no nos es dable exigir del corazón que no late, ni del pulmón que no se *contraiga*, porque de aquellos latidos y de estas contracciones depende la existencia.

Recargados podemos tener por herencia cualquiera de estos órganos esenciales á la vida, incluso los nervios, pero sin tenerlos fatigados por herencia, podemos recargarlos nosotros, y así transmitirlos á nuestros descendientes, quienes pueden mejorar ó empeorar su calidad según el ambiente, como según él podemos también nosotros beneficiar las condiciones vitales del órgano heredado enfermizo.

Supon lector querido que hayas nacido sano, lo que es muy difícil en las actuales condiciones sociales, y que al llegar á la edad en que las penas y las amarguras hallan eco en tus órganos sensitivos, en tu corazón, como se dice vulgarmente, tu persona ó seres queridos, y perdona tanto tuteo, sufren desdichas y sinsabores. Estos tristes accidentes de la vida, tan frecuentes hoy, producirán en tí *esfuerzos morales*.

Es esta una operación que va á cargo del sistema nervioso, como otras van á cargo del muscular y otras del cerebral. Si un trabajo se produce con exceso se recarga el órgano que lo ejecuta, sea cual fuere, y si las penas ó los motivos para tenerlas, se repiten, el recargado es el sistema nervioso; los nervios se declaran fatigados, inservibles, y concluyen por no oponer resistencia al agente exterior, al agente social que excita. Después, cualquiera impresión desagradable altera la circulación de la sangre, afluye al corazón toda, que es cuando el individuo pierde el color del rostro á consecuencia de un susto, y al órgano se le acumula un trabajo superior á sus fuerzas, pues, sabido es que el del corazón consiste en empujar el líquido sanguíneo hácia la superficie del cuerpo. A causa de la impresión que los nervios fatigados han transmitido, la sangre se ha reunido toda al centro y hasta que el corazón, por su gran esfuerzo ó por sus grandes latidos, no se ha desembarazado de ella, la vida no se ha normalizado. Si esta labor se repite á menudo y á menudo se repiten las penas y las malas impresiones, vienen las afecciones cardíacas tan abundantes en nuestros días.

Así como las dolencias físicas pueden curarse por el influjo continuo de una naturaleza benéfica, así también las enfermedades morales podrían curarse por el influjo de una sociedad bondadosa. De las primeras se cuidan los agentes atmosféricos y de la segunda una vida tranquila, sosegada, cosas imposibles hoy, obligados á vivir en lucha constante con nosotros mismos y con nuestros semejantes, quienes no pierden ocasión de dañarnos moral y materialmente, obligados por una necesidad de la misma base social, la explotación del hombre por el hombre.

Se ve, pues, con cuanta razón dijimos en nuestro primer artículo que los médicos habían de ser socialistas por interés de los mismos enfermos y por amor á la humanidad.

DOCTOR BOUDÍN

FISIOLOGÍA (1).

No hay vida posible sin calor.

El calor de que la máquina humana saca la fuerza necesaria para funcionar, es debido á combustiones que se producen en el interior del organismo. Se llama

(1) Aunque el distinguido autor de estos trabajos no saque consecuencias sociales, sobre ellos llamamos la atención de las personas estudiosas al objeto de que se capaciten de los efectos que en el organismo humano produce un trabajo excesivo y una alimentación deficiente.

combustión, en química, á la combinación de dos ó más cuerpos entre sí, con producción de calor y de luz.

Evidentemente, sólo dando mucha extensión á la palabra combustión, y tomándola casi en sentido figurado, es como se ha podido explicar á los fenómenos que producen la temperatura del cuerpo durante el trabajo. Las combinaciones químicas que se verifican en nosotros, no van acompañadas de luz. Los fenómenos que producen el calor vital se parecen más bien á los de la fermentación, que á los de la combustión propiamente dicha. Son más semejantes, por ejemplo, á lo que sucede á una gran masa de heno mojado, cuya temperatura se eleva, que á los fenómenos observados en las llamas de un hogar.

Las fuentes de calor vital son, pues, combinaciones químicas que varían hasta lo infinito.

Se ha admitido durante mucho tiempo que todas las combustiones del organismo se producían por la acción del oxígeno sobre los tejidos vivos. Hoy se admite todavía la importancia capital del oxígeno en las combinaciones químicas, fuentes del trabajo; pero se reconoce que hay otros cuerpos que entran en cierto modo en los actos vitales capaces de producir calor; el hidrógeno, por ejemplo.

Además, muchas reacciones químicas á que es debido el calor se cumplen por simple desdoblamiento de una sustancia en dos cuerpos, cuyos elementos se encontraban contenidos en el primero, otras veces la combinación se limita á la hidrotación de una sustancia que absorbe algunos equivalentes de agua, ó bien á la deshidratación por pérdida de estos equivalentes.

El problema de las combustiones vitales se ha complicado, pues, mucho en estos últimos tiempos, y aún puede decirse que se ha embrollado un poco y es difícil dar de ello una idea clara en pocas palabras. Hay que escribir un nuevo capítulo de fisiología cuyas conclusiones no pueden por el momento formularse.

Las reacciones químicas que ponen en libertad y hacen sensible el termómetro, la energía calórica latente, se producen á expensas de dos órdenes de sustancias; las alimenticias que la digestión lleva á la sangre, y las sustancias orgánicas que forman parte de nuestro cuerpo y que se desprenden para dejar sitio á los nuevos materiales sacados de la alimentación.

Ciertos productos de la digestión, apenas pasan á la sangre, son utilizados para sufrir combinaciones químicas de que resulta calor; y, después de haber sido modificados en su composición química por esta combustión, se expulsan del cuerpo, sin que hayan formado parte de una manera estable, de nuestros órganos. No hacen más que atravesar el organismo mientras se transforman.

Al día siguiente de una comida demasiado succulenta, puede verse, si se conserva la orina, en el fondo del líquido, un depósito diversamente coloreado de blanco—amarillento, ó de rojo—ladrillo. Este depósito está formado por sustancias químicas muy diferentes de las cosas que ha comido la víspera, pero que son resultado de la transformación de las materias alimenticias en nuevos productos, que han sido expulsados porque estaban en cantidad excesiva y los órganos del cuerpo no podían sacar provecho de ellos. Hé aquí un caso en que los alimentos han proporcionado los elementos de las combustiones vitales.

Otras veces, por el contrario, las combustiones se producen á expensas de los elementos que forman parte integrante del cuerpo. Un hombre en ayunas que ejecuta un trabajo muscular violento, no puede alimentar al considerable calor necesari-

rio para ese trabajo, con ayuda de los productos de la digestión. Sin empargo, ese hombre puede presentar en la orina, después del trabajo, depósitos semejantes, en su aspecto y en su composición química, á los que presenta la orina del que ha comido demasiado. En este caso, las combinaciones químicas que han producido el calor y los residuos eliminados por la orina, no se han *verificado á expensas* de las sustancias introducidas de fuera del organismo, sino á expensas de esta y de los tejidos que lo constituyen.

Puesto que el organismo está formado por completo con materias sacadas á diario de la alimentación, no es extraño que las sustancias alimenticias tengan sus análogas, en cuanto á composición química, en el mismo organismo, y que los elementos del cuerpo pueden suplir, en caso de ayuno, á los elementos que diariamente se procura para la nutrición.

De este modo es como las fuentes químicas del calor, y por consiguiente, las fuerzas de que proviene el trabajo, pueden originarse, sea en los alimentos, sea en los músculos que componen el cuerpo.

Este, pues, puede proporcionar elementos á las combinaciones químicas, fuentes del calor y del trabajo muscular, sin auxilio de la alimentación. Pero si estos elementos se toman á expensas de los órganos, que son las ruedas esenciales de la máquina, se comprende que esta se gastará y deteriorará muy pronto. Hay en el cuerpo materiales que tienen un lugar intermedio entre los elementos y los órganos. Estos materiales, que se llaman reservas, están formados por tejidos cuya desaparición no pueden comprometer las funciones regulares del organismo. Los tejidos de reserva son el resultado de una especie de tributo impuesto diariamente á la alimentación, y acumulado en diversos puntos del cuerpo, como una caja de ahorros, de donde el organismo puede sacarlos en cierto momento, según sus necesidades.

Los tejidos de reserva están formados anatómicamente, en su mayor parte, de tejidos grasos; pero la grasa no es el único tejido del cuerpo utilizado por la combustión. Hay otras sustancias tales como una especie de azúcar llamada *inovita*, que se encuentra en gran cantidad en el tejido muscular, y cuya combustión es una de las fuentes del calor del trabajo. Hay incontestablemente, en los músculos, productos nitrogenados que desempeñan el papel de tejidos de reserva, puesto que según nuestras observaciones personales, los individuos que no trabajan de ordinario y que, por tanto, están repletos de reservas abundantes, presentan en la orina, después de un ejercicio violento practicado accidentalmente, gran cantidad de residuos nitrogenados. Producen orina semejante á la de las personas cuya alimentación es demasiado rica en carnes, y por consiguiente, en nitrógeno.

Pero los alimentos y los tejidos de reserva no son los únicos que entran en las combinaciones químicas llamadas combustiones. En ciertos casos, suprimidos los alimentos y agotadas las reservas, el calor vital se mantiene y la vida persiste. Y hasta puede ejecutarse en esas condiciones un trabajo muscular violento y producirse combustiones intensas. Estas combustiones se hacen entonces á expensas de los tejidos principales de la vida, que componen la trama íntima y la esencia de los órganos. En estos casos la máquina funciona todavía, pero á costa de las piezas esenciales que la componen; la máquina se gasta.

Tales son, desde el punto de vista fisiológico las tres fuentes en las cuales el trabajo vital de los órganos internos y el trabajo muscular de la vida exterior,

que no es sino la exageración de aquel, toman los elementos cuyas combinaciones originan el calor gastado.

DR. FERNANDO LAGRANGE.

Traducción de FERNANDO RUBIO.

CUENTOS DE AMOR

IV

Andrés *quiso* que su caro amigo Pascual conociera á la encantadora Rosa, su prometida. Los dos amantes habían hablado varias veces de las prendas que atoraba el *alegre estudiante*, como llamaban á Pascual profesores y condiscípulos. Ella sintió deseos de conocer á joven tan singular.

Andrés era hijo de un rico comerciante de La Línea que había hecho su fortuna en la industria corchera. Estudiaba en Madrid el último año de Medicina y un día paseándose por la Castellana, vió á Rosa en compañía de sus ancianos padres. ¿Por qué Andrés se prendó de ella? No por su hermosura, que jóvenes había visto tan hermosas como Rosa sin que el corazón de Andrés alterara sus latidos. Amóla porque.... Miserable de mí, que quería explicar los misterios de nuestro cuerpo y de nuestro cerebro. Se ama sin saber por qué y se prefiere una mujer á otra, sin que sepamos la causa.

Empezaron como todos esos amores. Primero tierna mirada que halla correspondencia; después cariñosa carta que obtiene contestación; más tarde plática amorosa alimenta un amor que embellecen besos y acicatan disgustillos, por si ayer, por si tú, por si... en fin pequeñeces que nacen de esta colosal obra que se llama cariño. ¡Y qué dulce es el beso después del infantil enojo que padecen los enamorados!

Luego los padres de Rosa se enteraron de que el futuro yerno estaba en *relación*. Es lo único que preocupa á los viejos. Andrés obtuvo el permiso para hablar con Rosa en la propia casa de su prometida y participó al autor de sus días la grata nueva de sus amoríos, con una joven buena y hermosa, las dos únicas cualidades que tienen en cuenta los jóvenes que llevan algo dentro.

Pascual... Pascual era un tipo raro. Decía que ignoraba dos cosas: el valor de un duro y el de una mujer, porque jamás había intimado ni con el uno ni con la otra. Aborrecía los toros, los frailes, las *cañas*, los pedantes, la lotería, los charlatanes y los políticos. Siete enemigos de España. A los doce años, escribiendo un artículo muy bonito que publicó «El Noroeste» de Gijón, de donde era natural el joven autor, demostró que era alguien.

Los autores de sus días fundaron en él esperanzas grandes. Su padre era capitán de uno de esos buques que desde el puerto asturiano conducen carbón á Bilbao. Un día el mar se puso de mal humor y sin decir ¡agua va! lo descargó sobre «Pilar» y sus tripulantes. La madre de Pascual, sin la ayuda del padre necesitó de la del hijo y lo puso de meritorio en una casa de comercio. Dos años después moría de *tifus* la buena señora. El maestro que enseñó al niño las primeras letras

y un tío suyo muy amante de la instrucción popular, lograron que el ayuntamiento de Gijón sufragara los estudios de Pascual, y éste, en el Instituto de la localidad, primero, y después en Madrid, demostró que era digno de la protección que recibía. Puesto á elegir, optó por la literatura, y hoy es Pascual doctor en filosofía y letras. Quiere ir siempre solo y si por condescendencia admite alguna vez compañía, ó impone sus gustos, lo que sucede casi siempre, ó se fastidia sobremanera. Es un carácter enérgico, dominador.

Cuando de Pascual, Andrés habla con Rosa, dice que, á pesar de esos pequeños defectillos, es muy alegre, muy galante, buenísimo é inteligente, y no dice muy hermoso, porque le parece de mal gusto que un hombre hable de otro de tal manera.

—Según me has contado, Andrés, Pascual no tiene padres. Es tristísimo pasar Navidad apartado de seres queridos. Ofrécele nuestra compañía. Yo hablaré con mamá.

Y así fué. A las nueve de la mañana del último 25 de Diciembre, Andrés y Pascual entraban en casa de Rosa. La primera mirada de ésta fué para Pascual. El amante lo noto y apenóse mucho. ¿Era simpatía ó curiosidad aquella preferencia? No lo sabía, de todas maneras sintió haber dado aquel paso.

El día *se fué* en un santiamén, riendo, charlando y hablando de todo. Andrés; unas horas sentía celos, otras creía no tener motivos para tenerlos. *El alegre estudiante* demostró merecer tal renombre.

En honor á la verdad, Rosa había notado diferencia entre los dos amigos en perjuicio de Andrés. Pascual hablaba á tiempo siempre; tenía ideas propias sobre todas las cuestiones y de la cosa más insignificante daba infinidad de detalles, con una voz tan dulce y con tan finas maneras que se hacía escuchar sin querer.

A las cinco de la tarde se les sirvió el té en un bonito saloncillo, habitado solamente por Rosa.

Allí, ésta insistió sobre lo mismo. Difícil creer que no tuviera amores joven tan distinguido como Pascual.

—Bien y ¿qué opina V. del amor, amigo? Inútil diga que no entiende de eso; V. entiende de todo. Me interesa saber si lo ha sentido V.

—Señorita y cara amiga mía, el amor.... Pero V. es muy joven y no sé como tomará ó como *pueda* tomar mis teorías.

—Será V. inmoral?

—De ninguna manera; seré natural y la naturaleza, aunque virtuosa siempre, según á quien se le antoja, inmoral.

—Temo una de las tuyas Pascual. La filosofía muchas veces está reñida con la prudencia, interrumpió Andrés.

—Hé aquí que las dudas de V., señorita, y las observaciones tuyas, Andrés, me han puesto en la necesidad de hablar. No quiero pasar por indiscreto ni por vicioso. El amor es lo que la flor; la ley de la reproducción lo que el fruto. No hay flor sin fruto, no hay amor sin deseo y si lo hay no es amor. El amor que no desca, el amor puramente espiritual, es como un naranjo que sólo diera abundante azahar, sin producir la sabrosa fruta que papel tan importante desempeñó en la civilización india, la más metafísica de las civilizaciones. Y un amor que se concrete á suspirar ante el balcón del objeto amado, cariño que se halle bien otorgando ofrendas al recuerdo querido, ese es el misticismo del amor; una plaga que hemos

de combatir, como se combate á la tisis, pues como ésta causa estragos en el organismo humano. Se ama si se es correspondido, y si se es correspondido ni bastan recuerdos ni llenan miradas. Pura tontería amar y no ser amado. El romanticismo en amores es una enfermedad moral que nos han legado los místicos. Si usted, por ejemplo, señorita, se prendara de mi persona y yo no me enamorara de la suya, cometería V. una simpleza si por mi imagen levantara un altar en el corazón de V. Sino podemos lograr que nos ame la persona amada, ni hemos de despreciar la vida, ni hacer un amor único, ni siquiera un amor, del amor desgraciado. Bella es la vida; gocémosla sin misticismo ni preocupaciones, que no faltará corazón á quien bien busque, ni es el más digno el que nos parece más hermoso y distinguido.

El concepto del amor explicado por Pascual agradó notablemente á Andrés, quien pagó con una mirada cariñosa las nobles intenciones de su amigo. En cambio Rosa mostróse contrariada al principio. Notólo Pascual y con los ojos pudo contrarrestar el efecto que sus palabras causara en la joven. Quería curar sin dolores la herida recién abierta.

La hora de despedida llegó y Rosa dijo á Pascual mientras le tendía su mano temblorosa.

—Por su amistad con Andrés y por sus prendas personales será siempre bien querido en esta casa.

—Gracias señorita. Dificilmente olvidaré la agradable compañía que en ella he encontrado.

Poco habían andado Pascual y Andrés por las calles de Madrid, cuando el último dijo al primero amargamente.

—¿Eres amigo mío?

—Comprendo tu pregunta, nada temas. A Rosa he inspirado un cariño que yo mismo mataré en honor á la amistad que nos une.

—Gracias, no esperaba menos de tu nobleza. Sin embargo, ¿crees que podremos ser felices?

—Sí, porque los amores cuando se siegan al nacer, no retoñan. Además, ningún amor se alimenta de elementos propios. Necesita demostraciones del objeto amado capaces de convertirse en esperanzas para el amador. Sin estos requisitos no prosperan los cariños sanos. ¿Has pedido formalmente la mano de Rosa?

—No.

—¿Quieres casarte con ella?

—Si este accidente no ha de ser obstáculo....

—De ninguna manera, si no existe otro.

Los dos amigos se despidieron, y á las tres de la tarde del día siguiente Pascual aguardaba á Rosa sentado en una butaca del saloncillo de la joven.

—¡Qué día más feliz el de hoy amigo mío! dijo Rosa al entrar.

—Celebraría ser parte de la felicidad de V. señorita.

—Dice que necesita hablar conmigo de un asunto importantísimo.

—Así es.

—Para mí es importante todo lo que venga de tan simpático mensajero—Y esto diciendo lanzó cariñosa mirada sobre el rostro de Pascual, quien sin hacer caso de demostraciones afectuosas habló de esta manera:

—Ya habrá V. podido apreciar las cualidades que reúne mi amigo Andrés. Su

corazón es de oro; pocas cabezas igualan á la suya; galante postura, gracioso rostro. Es de todos mis amigos el más solicitado de las jóvenes. Sin embargo, á todas olvida por V. que es por él inmensamente amada. Si se casa con Andrés será V. feliz. Por encargo suyo vengo á suplicar dé V. permiso para pedir su mano á los bondadosos padres de V.

Mortal palidez cubrió el rostro de Rosa. Le faltaba aire, se ahogaba. Repetidas veces se enjugó la frente, mientras Pascual continuaba diciendo:

Muy pocos jóvenes tan sanos como mi amigo Andrés. Los demás hemos tenido infinidad de enfermedades que nos imposibilitan cumplir con los deberes del matrimonio. El vicio ha consumido todas nuestras energías. Andrés conserva para V. la virginidad del cuerpo y la del alma. Es V. su primer amor y será la primera mujer que sus labios besen. ¡Cuánto sentiré no poder decir otro tanto á la mujer que se digne quererme!

—Basta; no me atormente V. más. Soy poco para V.; su alma no tiene precio. Inútil se rebaje ante quien más crece cuanto más se humilla. Me casaré con Andrés.

Y se arrojó en brazos de Pascual pálida como la muerte, temblando como en Diciembre tiemblan las secas hojas, llorando como lloran las madres de los mártires.

Ocultando su rostro en el pecho de Pascual estuvo Rosa un momento: besólo como si cometiera un crimen y huyó corriendo después.

A los cuatro meses era Rosa la esposa de Andrés. Pascual no asistió á la boda. Salió de Madrid pocos días antes y no regresó hasta que el matrimonio había dado el primer fruto; una niña que era el encanto y la felicidad de los jóvenes esposos.

Cuando Andrés supo la llegada de Pascual le visitó para suplicarle pasara un día en compañía de su familia.

—No puedo acceder á tus deseos. Tengo muchas ocupaciones.

—¡Romántico! Lo sé todo. ¿Crees que mi adorada Rosa guarda aún para tí un rinconcito en su corazón?

—Te seré franco. No sé si lo guarda ó no lo guarda, pero no por ser romántico, sino por ser naturalista no quiero verla. Ciertos pasos sólo pueden darse una vez en la vida. Después no sé si perdemos ó ganamos; lo que sí sé es que nos domina más la materia ó nos hemos familiarizado más con sus atributos. La amistad difícilmente resiste el empuje del amor y si lo resiste, en muy contados casos, es perdiendo mucho en el choque. Me creo más humano ahora que antes y el hombre es siempre un mal amigo si para ser bueno necesita despreciar el amor por la amistad. *Créeme; no visitando tu casa demostraré el aprecio en que te tengo.*

UX TRIMARDIEUR.

BARBA-AZUL

CUENTO

En un país que ningún historiador ni geógrafo mencionan, se elevaba, hace mucho tiempo, una ciudad dominada por altivo castillo. Este castillo estaba cons-

truido en la cumbre de un alto monte, y las casas de la ciudad se esparcían por la llanura como rebaño de ovejas, siempre vigiladas por el pastor. La ciudad era opulenta y la poblaban algunos patricios y una infinidad de esclavos que trabajaban desde la aurora al crepúsculo. Entre los más ricos y orgullosos señores, figuraba en primer término Barba-Azul, porque su barba centelleaba reflejos azules. Además se le reconocía como de sangre noble y pura, cuyo linaje no empañaba la más tenue mácula, porque la raza de siervos tenía los cabellos rubios, y la de señores los tenía negros. Barba-Azul era temido por los esclavos. Las tardes después de terminada la labor, sentados estos en el umbral de sus ergastulos, contaban de él espantosos relatos. Los relatos eran verdaderos, porque Barba-Azul era el juez supremo de la ciudad, el encargado, no sólo de castigar los crímenes, sino hasta el de precaverlos, y en efecto, era activo y vigilante. Con frecuencia bajaba de su castillo y visitaba los talleres y arrabales; afectaba benevolencia y le complacía hablar con los jóvenes. Cuando hallaba alguno más inteligente y hermoso que los demás, se lo llevaba como paje, y se decía que de los que habían entrado en el castillo, ninguno había salido; las gentes creían que aquellas murallas cubrían algún terrible misterio.

En uno de los barrios más pobres de la ciudad vivía un adolescente llamado Albus, porque era más blanco y hermoso que el que más de sus hermanos de infortunio. Tenía grandes ojos claros y sus cabellos eran finos y hermosos como hebras de oro. Trabajar no podía, era muy débil. Además, su carácter altivo y soberbio acerbaban más su existencia, pues se negaba en absoluto á aceptar la caridad de los señores de la ciudad, contentándose con los duros mendrugos que le ofrecían sus compañeros. No sintiéndose fuerte para apretar los haces, ni aprender un oficio, ni bajar á las entrañas de la tierra, Albus sentíase poderoso para pensar, y reuniendo á los jóvenes del barrio, sabía decirles cosas maravillosas.

Una tarde, Albus y Barba-Azul se encontraron y hablaron largo rato. Al día siguiente, después de despedirse de la anciana mujer que le daba hospitalidad, se marchó Albus hacia el castillo. Su protectora le acompañó llorando hasta el pie del monte; allí le suplicó que no la dejara abandonada y le recordó los nombres de todos los que habían ido al castillo, de los cuales ni uno siquiera había vuelto, Albus le contestó que él iba á buscarlos, y subió la rápida pendiente sin volver la cabeza.

Barba-Azul le acogió como hijo, le vistió con ropas suntuosas, y, durante quince días, le colmó de favores y presentes. Cuidado, respetado y servido, Albus gozaba de todo lo que había soñado en sus largas horas de romántico aletargamiento. Pero no le dejaban nunca solo, le habían dado un viejo preceptor, cuyos consejos fingía escuchar mientras pensaba en su nueva vida.

Al cabo de dos semanas Barba-Azul le llamó á su despacho y, después de demostrarle nuevamente el cariño que le profesaba, le habló de esta manera: Véome obligado á abandonar el castillo por espacio de dos días, y quiero que durante éste tiempo seas tú el comandante; si así lo haces quedaré sumamente agraciado.

Habiendo aceptado Albus, Barba-Azul le confió las llaves y le hizo visitar el castillo; después de autorizarle para disponer de todo —añadió.— No obstante te prohibo terminantemente, so pena de incurrir en los terribles castigos de mi inflexible ira, el que abras la puerta que está en el fondo de la galería grande.

Después de la marcha de Barba-Azul, Albus se retiró á su habitación y allí meditó largo rato. Pensaba, naturalmente, en la puerta de la galería y se convenció muy pronto que no sería feliz mientras no tuviera libertad completa de usar las llaves todas que tenía en su poder. No se le ocurrió dirigir una súplica á su señor al regresar de su viaje, para obtener la libertad deseada; tal pensamiento le hubiera avergonzado, porque Albus era un *hombre*. Así, pues, levantóse y, sin la menor vacilación, atravesó las salas desiertas y corredores abandonados y llegó animoso á la puerta prohibida. Ante ella detúvose un momento indeciso; después la abrió bruscamente. Entonces vió que daba acceso á otra galería más vasta que la que acababa de atravesar, y á cada lado, contra los muros, pudo ver los cadáveres de los pajes que le habían precedido. Esta vista no le amilanó, y sin que su paso se debilitara, pasó á través de la cohorte sangrienta, llegando hasta el fondo de la galería. Ya allí, viendo que no tenía salida, preso de súbito furor golpeó la muralla locamente. A los golpes, con gran sorpresa suya, la muralla se abrió. Albus franqueó la brecha y se halló en medio de un maravilloso jardín.

Allí, dos guerreros guardias le acogieron con entusiasmo, le saludaron con respeto y uno de ellos le dijo:—Tú eres el vencedor. El primero que quiso entrar en la vía donde tú has pasado, cayó muerto en el umbral; los otros han retrocedido al ver los cuerpos de los mártires que les habían precedido, porque si el señor colmaba de presentes á los cobardes que le habían obedecido y aceptaban la existencia fácil, mataba á los que habían violado sus órdenes. Pero tú, tú has llegado hasta el fin; has menospreciado la muerte que creías inminente; te has conquistado la libertad; eres digno de ser libre. Has sido el primero en comprender que no basta con desobedecer, sino que es preciso romper las ominosas cadenas del servilismo y la obediencia y marchar hacia adelante sin volver la cara atrás ni detenerse por nada. Ahora eres libre.—¿Dónde quieres que te conduzcamos?

Albus quedó un momento como mudo sin saber qué contestar, y después dijo con grave acento:—Llevadme hácia los que sufren; yo sabré mostrarles el camino de la libertad. Apenas había proferido estas palabras cuando el soberbio castillo se desplomó con horrible estrépito. El jardín se iluminó de una claridad más dulce y tibia, y por las faldas del monte, Albus vió subir al ejército de sus hermanos cuyas cadenas habían caído rotas al mismo tiempo que el castillo se desplomaba y que se dirigían hácia el jardín á disfrutar del sol esplendoroso que acababa de aparecer.

BERNARDO LAZAR.

Traducido del libro *Les Porteurs de torches*, por A. LÓPEZ.





SECCIÓN LIBRE

LA RELIGIÓN Y EL ARTE

La religión católica ha sostenido siempre un mismo criterio. Créese que el arte no puede producir obras bellas, si éstas no representan alguna figura simbólica á su ideal. Error lamentable; grandes luchas se han sostenido entre el paganismo y el cristianismo; á través de las edades no se ha sabido aprovechar las lecciones de la lucha, ni las reflexiones sabias de la edad.

Cierto que nuestra religión ofrece al artista materia fácil para sus composiciones; se puede reproducir en distintos pasajes la imagen piadosa de Cristo ó la humildad y resignación de un virgen.

No creo que los modernos tiempos ofrecen ocasión para dedicarse á tales trabajos. La institución religiosa está muy viciada, y sus mismos devotos no sienten fe en ella.

Necesitan grande autoridad los artistas de nuestra época para reproducir con tanta exactitud la expresión de una virgen, como lo hizo Rafael en sus célebres madonas, ni superar en modo alguno el arte sublime del gran maestro Miguel Angel y del inmortal Murillo.

Son de admirar los cuadros místicos del célebre pintor florentino Frá Angélico, porque vivía en tiempos en que el cristianismo se desarrollaba prodigiosamente y sentía fe ciega en sus doctrinas hasta tal punto, que cuando concluía una de sus obras se arrodillaba ante su caballete para orar fervorosamente, como si aquella imagen acabase de bajar de la gloria celestial.

Mas, hoy han cambiado los tiempos, no puede el artista producir obras bellas, si no siente fe en la materia que desarrolla. Como hemos dicho, nuestra generación no se inclina al cristianismo; hay que buscar nuevos ideales, los cuales han de guardar armonía con la moderna civilización.

En España se ha iniciado esta corriente. Mariano Benlliure, el insigne escultor, ha modelado una estatua para el «Colegio del patriarca de Valencia», que representa el beato Juan de Ribera. Es una magnífica obra, bien tocada y de limpio y correcto dibujo que honra á su autor y el arte español; sin embargo, no ha estado feliz, los frailes del citado colegio andan disgustadísimos; su obra no les agrada porque no representa ningún acto piadoso.

La estatua de Juan de Ribera no está en posición humillante y con ojos dirigidos al cielo, el patriarca está sentado en amplio sillón de cuero.

Viste el traje cardenalicio. En su cara se refleja un alma superior, de naturaleza dominante, imperiosa, acostumbrada á mandar y á ser obedecida. Sus ojos expresan la alegría del triunfo, celebrando la expulsión de los moriscos de Valencia.

En fin, los frailes pueden estar disgustados, pero la obra será admirada como una bella producción; como son admirados los ingenuos bocetos del Sr. Campeny cuyo nombre y dichos bocetos han sido publicados por las revistas artísticas nacionales y extranjeras.

El fanatismo ha sido perjudicial en todas las épocas. Cuando las generaciones señalan nuevos ideales, estos se abren camino, si se inspiran en la libertad y el progreso.

Así Roma se impuso á la antigua Grecia.

De la misma manera se impone hoy el socialismo, ante el poder tiránico que nos domina.

R. ESCUDÉ.

LA POLICÍA INGLESA

Cuando en virtud de real orden que dió efecto retroactivo á una ley votada en las Cortes españolas, se me extrañó de España, hube de ver cosas agradables por dicha del hombre y desdicha del español.

Al conocer *prácticamente* la organización y la honradez de la policía inglesa, no pude menos de exclamar, con lamento propio del que en él encierra recuerdos queridos para cosas y personas. ¡Ah si la policía española fuese así, qué disgustos y sinsabores nos ahorraríamos las personas honradas!

Lean mis lectores.

Al llegar á Liverpool encontramos á un policía inglés que hablaba algo el idioma español y que nos aguardaba de orden de sus superiores. Nos enteró de que una comisión de socialistas esperaba nuestra llegada con encargo de conducirnos á su centro. Con esta comisión nos entendimos por medio del policía. Además nos sirvió de intérprete para hablar con los periodistas y con la gente que presenciaba nuestro desembarco, ansiosa de saludarnos. Ya entrada la noche el buen señor se despidió diciendo que á la mañana siguiente visitaríamos la población. No faltó á su palabra y merced á él vimos la segunda ciudad de Inglaterra con sus nieblas, su cielo gris, sus casas ennegrecidas por el humo que despiden bosques de chimeneas y su grandioso puerto de siete leguas del cual entran y salen 4000 buques diariamente.

Casi tres días estuvimos en dicha población sin que nada nos costara un céntimo.

Cuando pensamos marchar, los unos á Londres para quedarse ó para continuar el viaje hasta Francia y los otros á América, el jefe de policía me dijo á mi personalmente que tenía orden de facilitar dinero al que lo necesitare. Lo que sucede siempre; nunca se acaba de decidir cuando la resolución depende de varias personas que tienen diferentes necesidades. Cansado yo de Liverpool redacté dos telegramas suplicando al policía que me los tradujera. Iban dirigidos á dos perso-

nas que no conocía personalmente, pero que me inspiraban suficiente confianza para suplicarles me ayudaran á dar los primeros pasos por aquel inmenso océano humano que se llama Londres. Era el uno Enrique Malatesta, el otro José Perry, joven periodista inglés y orador muy fogoso.

Cuando el policía se hubo enterado del contenido de los dos telegramas, me dijo: Este, (señalando á Malatesta) dos días ha salió de Londres para su país; esto-tro, lo ha hecho en este momento y se dirige aquí por encargo de varias asociaciones y con dinero suficiente para el viaje de todos Vds.

He de advertir que de Liverpool á Londres la distancia es de 231 kilómetros y que el viaje importaba 560 ptas.

Quedé admirado ante aquella exactitud policiaca y el amable señor me explicó lo siguiente con seriedad imperturbable y como quien explica la cosa más sencilla del mundo.

«Cuando Malatesta y Merlino se refugiaron en Londres perseguidos por la policía italiana, hace unos 14 años, eran la constante pesadilla del gobierno de su país. Llegó á la capital de Inglaterra un inspector italiano con el exclusivo objeto de vigilar á los dos agitadores. Era este policía un antiguo camarada y en Londres se hacía pasar por tal. Los anarquistas con su buena fe se fían de todo el mundo y cualquiera les engaña. Sólo cuando han descubierto al traidor son implacables.

Cierto día explotó un petardo en Hyde Park (el nombre de un parque de 157 hectáreas por el cual me paseé después algunas veces). En el suelo encontramos varios retazos de cartas firmadas unas por Malatesta y otras por Merlino. Aquellas cartas en Italia comprometían á los firmantes; pero en Inglaterra nada significaban. A la hora en que la bomba hizo explosión los dos anarquistas se encontraban en una *chambre* que habían alquilado (aquí el nombre de una calle y el número de la casa) y por lo tanto ellos no podían ser los autores. Las cartas habían sido interceptadas por la policía italiana. Esto era lo que se *deducía* de nuestra *seguridad* de que Malatesta y Merlino se encontraban, en el momento de la explosión, á bastantes kilómetros de distancia del lugar del suceso. Nos pusimos en busca del policía sin resultado. Para nosotros él era el autor de la bomba. Algunos meses después fué asesinado en su propio país »

¡Pobre Malatesta y pobre Merlino si son españoles y les pasa en Barcelona lo que en Londres les pasó!

Al llegar los extrañados á la estación de Londres un señor preguntó por mí para decirme después, que tenía hospedaje por todo el tiempo que yo estuviese en la capital de Inglaterra. Este buen señor me presentaba á sus relaciones como una víctima del gobierno de mi país. Yo solo entendía Cánovas, Montjuich.

La gente me miraba con una mezcla de curiosidad y compasión, que me avergonzaba en extremo, más como á español que como á hombre.

Un día llamaron á la lujosa puerta de mi protector; abríla yo por encontrarme muy cerca de ella y vi á dos policías *en medio de la calle* que me decían algo. Llamé á una señorita de la familia para que se entendiera con ellos, á la que después pregunté por qué los dos policías hablaban desde el arroyo. Contestándome que en el domicilio de un súbdito de la Reina Victoria por *ningún motivo* puede entrar la policía sin auto de juez.

La mujer de Navarro, uno de los extrañados, fué á Londres desde Barcelona para reunirse con su esposo; pero en lugar de hacerlo por la vía de Dieppe, como habían convenido, lo hizo por la del Havre; resultando que llegó á Londres por donde no era esperada.

Al día siguiente la pobre mujer se presentó al domicilio de su esposo, donde yo me encontraba en aquel momento, bañada en llanto. Hé aquí lo que había sucedido:

No encontrando á su marido en la estación, lo primero que se le ocurrió fué preguntar algo que nadie entendía. Desesperada y no teniendo la dirección de su esposo, se puso á llorar y llorando pasó la noche. La gente amontonada á su alrededor le hacía preguntas que ella no entendía ni los otros entendían nada cuando la mujer hablaba.

Por fin, á uno del corro le pareció oír el nombre de España y condujo á la mujer al consulado de nuestra nación.

Al consul ella explicó sus cuitas, y después que el funcionario las hubo escuchado, dijo que nada sabía de los 28 extrañados, y que no habiéndose presentado al Consulado, como era su deber, no podía facilitarle la dirección de su marido ni de ellos quería saber nada. Un rico hijo de España que tales cosas había escuchado, censuró el proceder del cónsul, encargando á su criado que no abandonara á aquella mujer hasta encontrar á su esposo.

El criado tomó un coche presentándose á la próxima Delegación de policía. Allí le dijeron: el señor que esta señora busca, habita 30 Fitzroy Street, Fitzroy Square W. Puede V. Retirarse caballero. La distancia es de 14 kilómetros y no hay necesidad de que moleste V. más. Dentro de una hora esta señora estará en compañía de su marido. Efectivamente, en coche y acompañada de un policía á las once llegaba á la casa citada.

¡Quién pudiera ser inglés ó mejor dicho, quién pudiera traer á este hermoso suelo español, único en el mundo, á la policía inglesa!

JUAN MONTSENY.

DE TODAS PARTES

El que al levantarse formula un atajo de maldiciones contra los bienaventurados y los pobres de espíritu, es mucho más piadoso que el que reparte bendiciones á diestro y siniestro.

¡Cualquiera llama por su propio nombre á esos inofensivos tenderos que viven adulterando los productos alimenticios! No hay frase equivalente á su maldad.

Lo extraordinario del caso consiste en que ellos creen ser buenos ciudadanos y mejores padres de familia, porque ejercen de asesinos sin violencia, con delicadeza de ninfa. Lo que ellos dirán: Cuando la ley, que en todo está, no se mete con nosotros es que debemos cumplir con nuestra obligación de perfectos caballeros.

Donde el mercantilismo se manifiesta con más pujanza, allí *crece* el mercader, incapaz de matar un chinche, pero capaz de envenenar á media humanidad.

París es uno de los pueblos más castigados por esta clase de *animales*. En la primera semana de Agosto murieron 285 niños de un día á once meses. De ellos sólo 31 los alimentaba leche natural de mujer; los demás tomaban la de animal con biberón y esta leche sufre las siguientes operaciones en manos de los que las expenden.

Primero desnaturalizan el precioso líquido retirándole 50 por 100 de nata; de manera que necesitándose 500 gramos de leche pura para alimentar á un niño, es menester hacerle absorber un litro de leche desnatada. El exceso de líquido produce la dilatación del estómago y la dispepsia consiguiente; además, por el exceso de azúcar aumenta la sed de la criatura, el vientre rechaza tanto líquido como le envían para apagarla y la diarrea termina el proceso que inició la dispepsia. ¡Pero si no fuese más que el fraude de la nata! Luego viene el bautizado con agua del Sena que trae una miriada de microbios en cada gota, y para darle aspecto presentable, al líquido resultante le añaden bicromato de potasa, y para que se conserve sin agriarse disuelven en él bicarbonato de sosa ó borax ó cualquiera otra de esas *fleurs de conserve* de uso corriente en el comercio, que retardan la descomposición de la leche.

Con seguridad, que estos vampiros formarán parte de alguna sociedad benéfica y osarán llamar vagos y perturbadores á los obreros enemigos de *eso*.

*
*
*

Quien quiera que se proponga sacar deducciones en política internacional y en diplomacia fracasará en su empeño.

Los Estados Unidos, república modelo al sentir de los republicanos que desean algo más que un cambio de personas, adquieren colonias por la fuerza y por la astucia, como si Mac Kinley fuera César y Washington la capital de un antiguo imperio.

Pueblo tan revolucionario y tan *revolucionado* como el francés, rinde culto á la fuerza; cuestiones religiosas lo traen á mal traer como si Médicis y no Faure empuñara el cetro y lápida á quien tiene la generosidad de creer que la isla del Diablo sirve de albergue á un inocente *semita*.

Ganas dan de arrojar puñados de lodo sobre las palabras Fraternidad, Igualdad, Libertad, que tanto abundan en las fachadas de las casas francesas y en los documentos y edificios públicos.

Inglaterra, la más libre de las naciones y la que con más conciencia hace uso de la libertad, pasea por el mundo sus poderosas escuadras como la mujer que busca amoríos pasea su cuerpo y sus joyas y como enseña sus músculos el atleta victorioso.

Alemania, cuna de la filosofía, madre de mil pensadores sujeta á los caprichos de un neurótico, á las convulsiones de un epiléptico, á las chifladuras de un iluminado. Donde el raciocinio ha reinado, reina hoy Nerón, sin Agripina y quizá sin Popea pero con «Es necesario que el mundo pierda un artista tan excelente.»

El Papado, más atento á la deuda cubana, por los millones que en ella tiene empleados y á los intereses materiales del catolicismo, que á la paz universal, nada ha hecho en pro de la fraternidad de los pueblos.

Para vergüenza de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos y de Alemania el amo absoluto de todas las Rusias ha producido la primera nota humana en

medio de esta infernal gritería que producen democracias repúblicas, clamando muerte y exterminio.

«Todos estos esfuerzos, sin embargo, no han podido conducir todavía á los resultados bienhechores de la pacificación deseada. Las cargas financieras siguen marcha ascendente, afectando á la prosperidad pública en la fuente donde nace. Las fuerzas intelectuales y físicas de los pueblos, el trabajo y el capital, se ven en su mayor parte separados de su aplicación natural, consumiéndose de manera improductiva.»

Esas son las palabras de un rey absoluto. ¿Cuáles habrían de ser las de un presidente de República, si la República fuese lo que pretende y las del jefe de la Iglesia si el representante de Cristo sustentara la doctrina del Maestro?

El sepulturero de Siberia dando lecciones de humanidad al pueblo que derumbó la Bastilla; al que refugia á todos los que sufren por la justicia; al que proclamó la libertad del pensamiento; al que ilumina el mundo con la estatua de la libertad, y al representante en la tierra de un Dios de paz y de humildad, es cosa para no esperada, como nadie espera que D. Carlos venga á restablecer la Constitución y á libertarnos de la previa censura.

*
* *

El comandante Esterhazy, expulsado del ejército francés y el teniente coronel Henry, reducido á prisión, constituyen el primer bastonazo que reciben los hoci-cos de la bestia patriota y antisemita.

Las profecías de Zola van á cumplirse «no pasará mucho tiempo sin que e pueblo francés ovacione á las defensores de Dreyfus».

Podrá tan magistral programa no desarrollarse al pie de la letra, porque Francia ha demostrado estar muy trabajada por la reacción y porque quizá *razones de Estado, estas malditas razones*, obliguen á un *arreglo prudencial* entre víctimas y verdugos, entre defensores y acusadores.

Al rededor de Dreyfus y de Zola se desarrolla un problema político, religioso, patricia y financiero.

Dos cosas se perseguían y se persiguen aún: la muerte de la libertad por el imperio y la de la banca judía por la jesuítica.

Se tuvo astucia para asociar á la maniobra á Rochefort y la fuerza que representa el antiguo comunalista, pero no contaron con la contra de Zola, con la fuerza intelectual que este nombre tiene en Europa ni pudieron creer que frente el radical director de L'Intransigeant, se pusiera el socialismo puro, compuesto de anarquistas y de socialistas.

Si vence Zola, que moralmente ha vencido, y los generales tienen en más su orgullo que las instituciones del país, ya que no es de suponer que el jesuitismo cuente en el ejército con fuerza suficiente para intentar un golpe de Estado, la República sufrirá grave crisis. Por otra parte los socialistas y los anarquistas podrán considerarse los representantes de la justicia en Francia.

Subirán las acciones de «L'Aurore» y las de «La Petit Republique» y bajarán las de L'Intransigeant y las de La Libre Parole.»

Rochefort y Drumont morirán moralmente; en cambio nacerán Zola y Jaurés, representantes de la sociedad futura. Que no les olviden sus camaradas. Trabajan por la justicia.

A. GALCERÁN



TRIBUNA DEL OBRERO

Carta abierta

Sr. Director de LA REVISTA BLANCA.

Aunque sin títulos para ello me atrevo á enviarle estas líneas por si cree merecen publicarse. Al obrar así satisfago una necesidad que no soy sólo en sentir ya que en varias reuniones se habla más ó menos de las tendencias del grupo conocido por *Los Trimardieus*.

Como sucede siempre que se dá un paso hacia adelante en el terreno de las ideas, se habla mucho y se discute más, sin que, por regla general, tengan gran conocimiento de las nuevas teorías los que tal hacen. Y aun á veces las ignoran por completo, dando margen á un sin fin de errores que después son difíciles de desechar.

No sé si estarán en lo cierto los que aseguran que *los trimardieus* tratan de retroceder al *estado salvaje* por ser el más aproximado á la Naturaleza.

Esta afirmación me parece un tanto aventurada, pues creo no ignorarán los partidarios de las nuevas teorías, lo mucho que ha cambiado la especie humana, y como seguramente no lo ignoran, de ahí que algunos puntos me parezcan bastante exagerados.

Concíbese que haya quien posponga lo útil á lo bello, más aún, que desprecie lo segundo y solo encuentre mérito en lo primero; más de esto á lo que algunos aseguran defienden *los trimardieus*, hay una diferencia grandísima, tan grande que significaría el *estancamiento* de la ciencia, si así puede decirse, á la vez que obligaría á la humanidad á estar en lucha abierta con la misma Naturaleza; no sólo con el fin de procurarse el sustento, sino también por defender su vida...

Mas como creo que estoy desbarrando, lo mismo que aquellos á quienes supongo poco enterados del asunto que motiva estas líneas, llamo la atención de los *trimardieus* para que expongan sus teorías. Y como LA REVISTA BLANCA pone sus columnas á disposición de todos los hombres y todas las ideas, confío ver no tardando mucho, algún escrito que á unos y otros nos saque de dudas.

A nosotros toca estudiar, sin prevenciones de ningún género, y despojándonos de todo prejuicio, para que, si la razón está de parte de los *trimardieus*, les ayudamos á difundir sus ideas, ó procuremos sacarles del error en caso contrario.

Este es mi deseo, que no he podido ver satisfecho antes, ni puedo satisfacer en otra forma que la presente, ya que el actual régimen nos impide conocer otro idioma que el de *casa* (y éste malamente), á los que tenemos la suerte de ser obreros en pago sin duda á los muchos servicios que prestamos á la Sociedad.

De V. affmo.,

ANGEL GARCIA.

À LA JUVENTUD

No es la presente ocasión adecuada para dirigirme á quien me dirijo ni soy yo el designado, que imaginación tan pobre como la mía ha de necesitar para producir algo práctico, no tener que circunscribirse á los estrechos moldes que de antemano obliga esto de la previa censura. Una imaginación pobre, calenturienta, y por ende joven,—claro está—que necesita de expansión absoluta, sin trabas de ninguna clase que puedan coartar en lo más mínimo ninguna de sus naturales inspiraciones.

Desde luego comprendo que escribir en las actuales circunstancias el que como yo ignora mucho, no solamente lo hace expuesto á caer con más facilidad en el error, si que también de quedar en el mayor ridículo por no poder verter al papel con la concisión debida, aquello que concibiera la imaginación.

Pero ello es preciso hacerlo que no podemos continuar por más tiempo sumido en la inercia, bajo la pena de hacernos los jóvenes acreedores á todos los desprecios de la humanidad.

Crear que la juventud actual es hija del indiferentismo, es hacernos grave ofensa, que para el león es indiferente todo lo que le rodea cuando está rendido por la fiebre, y nadie por eso le niega su bravura y su nobleza.

A dar un solemne mentís á los pesimistas que tan mal nos juzgan, deben de examinarse nuestros esfuerzos, á demostrar que somos dignos de continuar la obra del progreso deben dirigirse nuestros actos.

Que no crea la posteridad que fuimos nosotros los jóvenes los que mandaron inscribir en la espada de honor regalada á un general, «venciste porque confiaste en la cruz y no en el filo de tu espada»; demostremos nosotros que respetamos á la primera como símbolo que nos recuerda el infamante patíbulo en el que murió aquel gran mártir, y que odiamos á la segunda como arma fratricida entre hermanos somos toda la especie humana.

Es preciso demostrar que la vida corre á borbotones por nuestras venas, y que ni por grado ni por fuerza estamos dispuestos á conformarnos con una desigualdad tan irritante, y que de consentirla apareceríamos como imbéciles ó suicidas.

¡Ah! si hiciéramos con nuestro silencio é inercia factible la reacción que se cierne sobre nuestras cabezas, si por dejadez y á conciencia consintiéramos que el infamante jesuitismo consumara su obra, entonces sería á nosotros poco castigo el desprecio de nuestros padres, y todas las maldiciones que la posteridad.

¡No! no es posible que esto suceda, demasiado tiempo hemos perdido ya que es insensato en nosotros saber en donde radica el mal y no combatirlo.

Es la carencia de instrucción una y quizá la única causa de abandono é inercia en que nos hayamos sumido parte de la juventud, que la juventud la que cursa en las Universidades, que también lo es y tanto más respetable la que se rompe el alma en los talleres, en las minas y en los campos para ganar un

bocado de pan; pues bien, esta respetable juventud desconoce la instrucción, el noventa y nueve por ciento de los que la componen no saben deletrear.

Que eso es lo que debemos la clase proletaria á esos grandes legisladores que con su talento han sido y son el asombro del mundo, hanse cuidado sólo del presente que les rodea sin pensar en la instrucción del pobre niño que representa el hombre del porvenir. Mucho es y significa para la causa del progreso los derechos civiles y políticos que al pueblo se han concedido, pero interin la enseñanza esté tan abandonada como en el presente lo está, mientras la instrucción no se perfeccione y se declare obligatoria, no tomarán esos derechos su verdadero valor. ¿Qué extraño es que hoy la clase desheredada ignorante de lo que son esos derechos y sin instrucción para apreciarlos los venda cada vez que se proporciona?

En nuestras manos está el hacer desaparecer este estado de cosas, basta para ello que la juventud estudiosa é ilustrada cumpla con su deber, y en poco tiempo habremos andado mucho en el camino del progreso.

Que otra cosa hubiera sido nuestro siglo si hubiese habido una juventud amiga del saber no fuere enemiga de empeñar, en una palabra que hubieren representado los moldes nuevos en que se vaciarán las nuevas ideas.

Nada creo yo más dispuesto á la confraternidad que la juventud ¿Por qué, pues, no se han de dar los primeros pasos que nos conduzcan á esa confraternidad?

Somos la clase proletaria, materia siempre dispuesta agruparnos alrededor de todos los que por nuestro mejoramiento material y perfeccionamiento intelectual trabajen.

De la juventud ilustrada, pues, tiene que partir la iniciativa; hagan un supremo esfuerzo en beneficio de los jóvenes que por la posición social que ocupamos estamos sumidos en la obscuridad más absoluta, desechen el necio orgullo, y salgan del rutinismo que son reminiscencias de otro siglo, y que tanto han contribuido y contribuyen á dividirnos en casta, y nos pondremos en camino de regenerar á la humanidad, que ninguno se muestre reacio en el cumplimiento del deber sagrado que impone la naturaleza, que todos llevemos nuestro grano de arena para el nuevo edificio social y el porvenir será nuestro; en una palabra, hagamos una revolución en el entendimiento humano, y el día que consigamos la confraternidad de la juventud universal, no solamente habremos dado el golpe de muerte á las fronteras, sino que haremos imposible toda tiranía sobre la tierra.

Y á los que objetan que esta es obra de colosos, respondámosles que es digna de la juventud.

FRANCISCO TOMEU.

LIBROS RECIBIDOS

No damos lugar á ellos al objeto de no ser parte á la propagación de ciertas enfermedades intelectuales que se manifiestan con escepticismo, caracteres raros, originalidades extravagantes, misticismos nocivos, decadencias ridículas y toda esta plaga literaria que, unas veces con el nombre de modernistas y otras con el de decadentistas, infesta el ambiente social.

Dijimos en nuestro primer número que sólo nos ocuparíamos de aquellas producciones que dijeran ó enseñaran algo y á nuestro sentir nada dicen ni enseñan los que han llegado á esta redacción.

Queremos vida, queremos gozo; doctrinas hondas, esencialmente reformadoras que nos presten confianza en el ideal de perfección y en una vida sana y justa.

Energía, entusiasmo, voluntad y sobre todo deseos de vivir mucho y de reformarlo todo, esto es lo que queremos.

Arte que nos enseñe á abrir los espíritus á la luz del sentimiento y de la idea, y los cuerpos á las sensaciones y á los goces, lo despreciamos. El arte por sí solo nada es á nuestro entender y como cosa inútil lo trataremos.